

Jordi Dausà



PAPELILLO

Manual de supervivencia: una novela



Extracto para lectura gratuita

Título: Manual de supervivencia: una novela

Autor: Jordi Dausà

© Jordi Dausà, 2008

© de la traducción, Jordi Dausà, 2026

Primera edición: octubre 2026

© Papelillo Editorial, 2026

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización de las personas dueñas de los derechos, la reproducción total o parcial del contenido de este libro por cualquier medio.

ISBN: 978-84-128525-5-4

DL: M-23879-2026

THEMA:

FFL

FBAN

MANUAL DE SUPERVIVENCIA: UNA NOVELA

Jordi Dausà



PAPELILLO EDITORIAL

[...]

El bingo

DOS LORAZEPANES DE GOLPE —MASTICADOS, NO TRAGADOS— TE PONEN a dormir en cero coma. En realidad, te dejan casi inconsciente y, si no estás acostumbrado, te levantas hecho polvo. El diazepam es más popular, pero la cocaína también es una droga popular y eso no la convierte en mejor. Hazme caso y pásate al lorazepam. Si tu doctora no se enrolla, puedes conseguirlo sin receta en cualquier portal de Internet, eso sí, elaborado por alquimistas infelices en un laboratorio de la China profunda.

Como cada mañana, me miré al espejo entre los potingues para las arrugas de Xavi. Aquellos días tenía los ojos subrayados por dos bolsas enormes y oscuras, que iban a juego con el rojo habitual. Tenía solo treinta años, pero aparentaba media docena más. Por lo menos no me quedaba calvo: mi pelo, desordenado y largo, necesitaba un buen repaso. Comprobé la barba y decidí dejar el afeitado para más adelante.

Manual de supervivencia: córtate el pelo en una academia de peluquería. Huye de las barberías y de los salones de estética. No te dejes engañar por esos locales de dominicanos o árabes: revientan precios, pero te harán un corte que parecerás un camello de *crack* de Los Ángeles, y eso sí que no.

Empezaban a insinuarse pequeños surcos alrededor de los ojos. «Líneas de expresión» las llaman en los anuncios. La crema hidratante que le mangaba cada mañana a mi compañero de piso era un timo. Tampoco es que me importase demasiado: en el fondo, sumergía mi cara en aquel potingue por la necesidad de sentir, nada más levantarme, algo

de química en la piel. Era una sensación fresca y limpia, tan poderosa como el primer café y el cóctel de vitaminas efervescentes que me metía después de la primera meada.

La ducha ayudó algo. El agua salía casi helada. No por gusto: el calefactor, un modelo antiguo y ruidoso que parecía estar siempre a punto de estallar, fallaba a menudo tanto por exceso como por defecto.

Llené un tazón de leche con cereales Holliup. Era un regalo para los consumidores más fieles, con la imagen del oso amistoso Holliup relamiéndose con el chocolate que bañaba su mundo de maravillas.

En el televisor, un periodista hecho un pincel anunciaba el inicio de la campaña electoral que se presentaba aún más reñida y difícil que de costumbre. Dos partidos se disputaban el gobierno en un momento peliagudo: los conservadores de don Renault y los progresistas de Torres, el presidente actual.

—Nos encontramos frente a las elecciones más igualadas de la historia de la democracia de nuestro país —explicaba el hombrecillo.

Borja entró arrastrando los pies y masculló buenos días. Mi compañero de piso era un hombre gordo. En realidad, estaba pasadísimo de peso. Gafas viejas de pasta, sin atisbo de ironía, bigotito recortado y barriga escandalosa y fláccida. Un joven de veintimuchos que casi había olvidado cómo caminar sin tambalearse, de tanto tiempo como pasaba enfrente del ordenador. El cabello escaso pero repeinado y la ropa anodina no ayudaban a mejorar su imagen. Era fácil confundirlo con uno de esos gañanes que vivían a salto de mata. El barrio estaba lleno de ellos.

Cogió otro tazón del armario, este era de plástico naranja. También teníamos de aluminio y de porcelana, no había dos iguales. Ninguno de nosotros había invertido un solo euro en enseres de cocina, y de hecho no teníamos ni zorra de

dónde había salido todo aquello. Tal vez ya estaba allí cuando llegamos.

Borja vertió los cereales en la leche y empezó a devorarlos a un ritmo rápido y constante, parecía un dibujo animado prisionero en un bucle. En realidad, era la personificación exacta del oso Holliup, aquella bestia golosa, marrón y fenomenal.

Dije:

—Me voy, que si no llego tarde. Me esperan en el *labo* a las nueve en punto.

Mi compañero de piso apenas alcanzó a levantar la vista de los cereales naufragantes:

—¿No decías que lo ibas a dejar?

—Hasta que no termine la batería de pruebas no puedo. Después ya veremos. Además, necesito la pasta.

Borja asintió. Él no tenía problemas económicos, pero era lo bastante sensato para no juzgar a los demás. Cuando ya salía del piso me recordó:

—Por cierto, Matt, recuerda que hoy tenemos que ir a hablar con el casero de no sé qué.

Lo había olvidado. Aquel era uno de los efectos colaterales de mi trabajo en el laboratorio, y en general de mi manera de vivir.

—¿A qué hora?

—Nos dijo después de cenar. No sé, a las diez menos cuarto. ¿Estarás en casa?

—Creo que sí. ¿Lo sabe Xavi?

—Ni idea, aún duerme.

—Joder, luego lo echarán y se quejará.

—Ya sabes cómo va. En fin, ya se lo digo yo. Esta mañana no tenía pensado moverme de casa.

Mi compañero apenas salía, por lo cual aquella frase, repetida a diario a modo de mantra, tan solo tenía un sentido ritual, como si quisiera convencerse a sí mismo de que

quedarse en el piso era, de un amplio surtido de opciones, la mejor que podía escoger.

Nos dijimos chao y me refugié bajo la bufanda y el gorro. Soplaban un viento crudísimo, demasiado frío para esa época del año. A las ocho y cuarto pasaba un bus, si lo cogía llegaría a tiempo a la facultad de medicina.

Manual de supervivencia: si es hora punta puedes entrar en un bus por la puerta de atrás y no marcar el tique. En el metro usa los trucos de siempre, salta por encima el tornio o engánchate a alguien. Si los guardias te descubren, lo más probable es que no te digan nada, siempre y cuando tengas el color de piel *adecuado*. Se sigue el mismo principio en tiendas y grandes superficies: si eres europeo, hueles bien y no hablas raro, nunca pensarán que puedas ser el culpable.

Llegué a la facultad puntual como un reloj. Los estudiantes llenaban los pasillos camino a las aulas. Se movían como bueyes, y algunos incluso vivían como tales. Por norma general los ignoraba y hacía mi trabajo sin hablar con nadie. De hecho, lo mejor de mi curro era que me pagaban para no dar palo al agua. Al cabo de una hora ya volvía a rondar por el *hall* del edificio, pensando en cómo ocupar el resto del día. Tomé un café en la cantina mirando de reojo un grupo de estudiantes que, por la conversación que tenían, deduje que estaban en tercero. Santa inocencia, pensé. Cuando ya me iba me crucé con Tomás, un compañero de estudios que hacía años que malvivía como profesor asociado. Pobre tipo. Me siguió de vuelta a la mesa, pedimos más café y, sin que viniese demasiado a cuento, me contó que la farmacia cada vez perdía más peso en el mundo de la medicina en aras de una mayor especialización de cada disciplina. La robotización de las farmacias y de los hospitales y la irrupción de la inteligencia artificial no ayudaban.

—Pues sí, al final nos dieron por culo a todos —admití.

—Las cosas son así, Matt. No podemos hacer nada.

Aquellos eran los lemas de mi generación: no hay nada que hacer, nos han dado *pol* culo. Mierda de país. En el norte estas cosas no pasan. A fuerza de repetirlas una y otra vez, al final nos las creíamos, era una autohipnosis que no solucionaba nada, pero que te hacía sentir parte de un colectivo puteado, y eso conseguía que la vida fuese algo más fácil de soportar, en especial si te encontrabas en una situación como la nuestra, con los estudios terminados y las empresas que te pedían una experiencia que no podías demostrar porque, sin ella, no te querían en ningún sitio. Con suerte pillabas algo de beca-rio, pero te echaban en cuanto la ley se lo exigía.

Tomás, mucho más calvo de como lo recordaba, me pagó el tercer café de la mañana. Es que no llevo nada encima, me disculpé. Mientras nos abrigábamos para salir, mi antiguo condiscípulo me preguntó:

—¿A qué te dedicas ahora? ¿Sigues con tus *inquietudes artísticas*?

Juro que lo dijo así, en cursiva.

—Tío, si encontrar trabajo de farmacéutico es chungo, imagínate lo demás.

—Pues qué pena. Lo hacíais de puta madre.

—No jodas. Nosotros no llegábamos ni a Salieri de extrarradio.

—¿Qué es un Salieri?

—¿No sabes quién era? Hostia, Tomás, que eres profesor de universidad. Salieri era un músico contemporáneo de Mozart. Eran rivales. Pero ahora todo dios conoce a Mozart, y pocos a Salieri. ¿Y sabes por qué? Porque Mozart tenía talento en estado puro y Salieri era todo voluntad. ¿En serio que no conocías su historia?

Tomás negó con la cabeza, tal vez reflexionando acerca de aquello, tal vez no. Después nos despedimos con un apretón

de manos y él se fue a dar clase a los estudiantes desmotivados de segundo. Yo dediqué lo que quedaba de mañana a finiquitar gestiones pendientes desde hacía meses, como renovar mi carné de conducir que jamás utilizaba. Fue bastante rápido: eran los últimos compases de otoño y la gente estaba más ocupada comprando guantes y bufandas del color de la temporada que actualizando documentación. Yo bufandas no compraba jamás, era mucho más fácil robarlas en un bar o en la garita de objetos perdidos de cualquier estación de autobús o tren. Solo tenías que preguntar:

—¿Han encontrado una bufanda negra?

Pasado el mediodía fui al bingo del barrio para comer algo. Siempre había una docena de personas que iban a comer: el Doctor Whisky, aquel matrimonio de viejitos, unos cuantos chinos que se quedaban en la antesala jugando a las tragaperras y dos o tres colgados solitarios con cazadora tejana y barba de varios días. Pensé que, para un observador casual, yo entraría en este último grupo. También había una embarazada con un chándal blanco de acetato a quien no había visto nunca antes. Dije buenos días —hay que ser un señor— y me puse en la cola. Unos pocos me devolvieron el saludo. Era curioso ver como aquella tropa heterogénea era tan disciplinada y paciente. Esperábamos que abrieran las puertas del local mirando al cielo encapotado y aburrido de finales de noviembre. Era una de las dos colas que se formaban a diario en el barrio, la otra era la del hambre, donde repartían bolsas de comida y ropa vieja en un local anexo a la iglesia. En esa la gente sí que estaba en total silencio, y de hecho muchas personas ni tan siquiera levantaban la vista del suelo. En general, ser ludópata tiene mejor prensa que ser pobre.

Comer en el bingo es una fuente de ahorro considerable: pagas poco y tienes un plato combinado grande —eso sí, hay poca oferta— y una bebida. Te llena lo bastante como para pasar el día con una fruta y una ensalada para cenar.

Los novatos siempre caen en la trampa, se gastan demasiado en cartones de bingo y luego la comida no les sale a cuenta. Si pillas tres ya te cargas la estrategia. Compra solo uno: a nivel legal no te pueden joder, ya que incitar al juego es un delito. Si se lo dices a Lulayla, la camarera, no te molestará durante un buen rato. A ella se la sopla lo que hagan los clientes mientras no la jodan demasiado. Por lo tanto compra uno y juega los cinco minutos que dura una partida. Quién sabe, tal vez te toque alguna cosilla.

Pedí el plato del día, bistec con mermelada de frutos del bosque y una guarnición de puré de patatas, guisantes y zanahorias. Se comía bien en aquel sitio. La pareja de ancianos consiguió un bingo y se besaron con ternura. A la mujer le caían lagrimones y aplaudía con aquellas manitas arrugadas. Recuerdo que pensé que yo jamás llegaría a ser tan viejo y tan entrañable.

Me refugiaba allí cuando las paredes del piso minúsculo donde vivíamos se inclinaban demasiado sobre mi cabeza, cuando me cansaba de aguantar las neuras de Borja o las fanfarronadas y mierdas de Xavi, o cuando tan solo quería desconectar. Se estaba bien, sentado en aquella mesa, escuchando la voz metálica y monótona recitando un número tras otro.

No quise café, ya llevaba demasiado encima y por cuestiones laborales no podía abusar aún más. Salí a la calle y volví a casa. Una vez allí, me encontré con Borja jugando con el único ordenador que teníamos, su portátil de mil pavos. El mío había pasado a mejor vida un mes antes —lo compré de segunda mano, el pobre siempre tuvo un pie en cada mundo— y Xavi con el teléfono móvil y la videoconsola ya tenía suficiente. Si mi compañero no lo usaba no tenía inconveniente en prestármelo, eso sí, con una cuenta de usuario distinta para que no pudiese ver por dónde se movía. De

hecho, antes de empezar y sin que Borja me viera, lo limpiaba con esmero con toallitas desinfectantes y usaba mi propio ratón.

El caso es que Borja podía pasar horas enganchado a su maquinita, y si yo tenía prisa iba a la biblioteca pública y utilizaba uno de allí. Antes bajaba al único locutorio que quedaba en el barrio y que habían medio reconvertido en tienda de alimentación, llegando a un punto en que no era ni una cosa ni la otra. Pero aquella tarde no tenía ganas de estar más rato fuera, así que probé suerte:

—Borja, ¿me prestas el ordenador? Tengo que acabar un trabajo.

—Lo siento, tío. Ahora mismo estoy liado.

Mi compañero de piso era un adicto a los juegos en línea: tenía tres o cuatro personajes que vivían en distintos mundos virtuales y se relacionaban con otros inadaptados de todo el mundo, sobre todo adolescentes asiáticos y alemanes rubicundos. Visto desde fuera, Borja era el tipo raro sobre el que muchas familias advierten a sus hijos. Su personaje favorito era una guerrera nórdica rubia y con unas tetazas cósmicas.

—Estoy a punto de cazar a un asesino buscado por mi señor feudal —me informó muy serio—. Cuando lo haya liquidado ya te lo dejaré.

—Lo necesito para terminar un trabajo del máster.

Ni siquiera me contestó. De los pequeños altavoces salían rugidos de monstruos digitales y el chirrido del acero al entrechocar. Mi compañero murmuraba cosas como ahora no te escaparás, joputa. Y eso aún, porque cuando estaba solo en casa pegaba unos gritos que válgame Dios.

Comprendí que no lo conseguiría. A medio camino entre el cabreo y la resignación, fui a paso ligero hasta la biblioteca y pasé un par de horas allí. Nos habían jurado que aquel máster tenía la virtud casi mágica de enchufarnos en un buen puesto de trabajo, pero a medida que pasaban los meses nos

dimos cuenta de que solo era otra estafa, pero ya era demasiado tarde. Cuando volví a casa con el trabajo terminado, Borja aún buscaba al asesino reclamado por su señor feudal. Era un juego muy conocido, ambientado en una edad media fantástica, con brujería y monstruos de toda clase. Mi compañero de nevera pasaba más horas en aquel universo hecho de números y líneas y electricidad, que no en el físico.

Con un pijama del pato Donald, cortando el bacalao en aquel mundo de bolsillo.

[...]

◇◇◇◇◇

Esto solo es un fragmento...

Si quieres conocer la historia completa, no te cortes.

El realismo sucio no es un crimen.

Disponible en librerías y en www.papelilloed.es.

◇◇◇◇◇